

Violeta perenne

Podría ser una paradoja, el celebrar a Violeta Parra el día de su muerte. No lo es, sin embargo, cuando se trata de quien, al cantar "gracias a la vida", nos dejó una herencia vital en la que se reconocen, y no es exageración, todos los pueblos de la Tierra.

¿Por qué la recuerda el pueblo? Porque en Violeta se reconoce.

Porque, Madre de la Patria, forjó nuestra identidad y se hizo parte de ella.

Porque con Violeta Parra alcanzamos una dimensión universal. Esto es, porque la intensidad con que expresó su "caso" particular, y con él nuestra propia particularidad, hace de cada uno de los suyos, con mejores derechos, con títulos indestructibles, mujeres y hombres del tiempo de la humanidad.

¿Habrá que repetirlo? Aquello que llamamos "la cultura universal", el patrimonio común de la especie, no es más que lo particular que, por circunstancias de espacio y tiempo de gran complejidad, comparecencia simultánea de clases y grupos sociales en armonía y conflictos, cuando son vividos con lucidez extrema y apasionado partidismo por un creador, y expresados con el oficio consumado de la maestría, ha alcanzado esa concentración de significados que hacen posible que el símbolo se haga universal.

Así ocurre con la obra de algunos escultores, y entre ellos esta chillaneja de aspecto sencillo, artesana y buscadora, que expresó como pocos lo han hecho la altura y la esencia, a veces confusa, de la condición humana.

"Gracias a la vida", "Volver a los 17", están en la memoria de todos, en latitudes distantes y en idiomas múltiples. Pero, siendo ello mucho, Violeta Parra es más. Cada vez que la injusticia la hería, lo que era frecuente dada su sensibilidad y el amor sin condiciones por el ser humano, su propio sencillo y desahogado, ella tomaba su guitarra y cantaba por sus "nueve hermanos, fuera del que se engrilla", denunciaba las "mataduras" de la historia, celebraba a "los estudiantes" libertarios.

Pero también cantaba sus penas, los "complicados de la soledad". Y las angustias al parecer eternas del pueblo sometido al "frío de los gobiernos", y "el centro de la injusticia" donde limitaba su Chile.

Y su poesía, esas Décimas que derramaba como tibia miel sobre sus propios dolores y los de los suyos, que eran todos. No olvidemos que del "canto de todos" decía "que es mi propio canto".

Poeta en grado eminente, su obra se une a los grandes momentos de la poesía chilena, junto a Gabriela Mistral y Neruda, a Carlos Poma Véliz y a Humberto Díaz-Casamueva.

El Chile que se inicia en la aventura de los 2000, lo hace con ella. Con sus arpilleras que mostraron, como si hiciera falta, que no hay arte menor. Con su voz, tan personal, tan auténtico murmullo de la tierra como los cantos que iba descubriendo en sus peregrinaciones en busca de las fuentes saciadoras.

Hoy celebramos un nuevo cumpleaños de su partida trágica. Y al recordarla, no podemos sino admirar esa intransigencia con que vivió hasta que decidiera emigrar para quedarse tan sólo en su obra. Obra prodigiosa de una vida prodigiosa.

"Violeta chilensis", le canto su hermano, el poeta Nicanor.

Digámosle, al renovar la interminable despedida: pajarillo de los senderos que llevan a la esperanza, locera milagrosa, señora de los angelitos, madre de Chile, hermana nuestra.

Violeta perenne de nuestros campos.

FERNANDO QUILODRÁN



AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Violeta perenne [artículo] Fernando Quilodrán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile